

NUM. CUB.
NUM. AUT.
NUM. A.
P. 3333
P. 0018
Fecha:
Clasificación
Catalogo

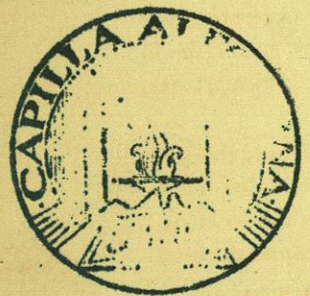
NL
972.12
S 163 v
057718
- 1 -



mayo 1967
sig

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

F1233
.38
S21



FONDO UNIVERSITARIO

Biblioteca Alfonso Reyes
J. P. Saldaña



Capilla Alfonso Reyes
Biblioteca Universitaria

VISITAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
DON BENITO JUÁREZ A MONTERREY

JOSÉ P. SALDAÑA
De la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística.

PARA EXPLICAR LAS DOS visitas de don Benito Juárez a Monterrey, la primera de tres días y la segunda durante cuatro meses, es necesario analizar, aun cuando sea en rápida visión, el panorama que prevalecía en el país.

Debemos remarcar lo que significaba para Juárez la amistad y la cooperación de don Santiago Vidaurri, caudillo absorbente, enamorado de sí mismo, pero que, a pesar de sus defectos, había contribuido en forma extraordinaria al triunfo de la causa liberal, y constituía un baluarte de inestimable valor en el noreste, como, en caso contrario, significaría un serio tropiezo para la defensa de la República.

La época, 1864, fue una de las más aciagas por las que ha pasado nuestra nación. Las fuerzas extranjeras integradas por franceses y austríacos en su mayoría, en número de 70 mil hombres, bien armados, veteranos en el arte de la guerra, haciendo causa común con el ejército comandado por los generales enemigos del Gobierno liberal, habían logrado dominar la mayor parte del País.

En la amplitud del territorio nacional se combatía en condiciones desiguales, en cuanto a elementos de guerra. Los invasores disponían del mejor armamento de la época, y del dinero necesario para sostener los gastos de la guerra. A su lado militaban generales mexicanos valientes y experimentados, jefaturando varios miles de soldados.

En cambio la situación de los republicanos era poco menos que desesperada. Después del triunfo glorioso del 5 de Mayo, acreditado al valor, estrategia y patriotismo del Gral. Ignacio Zaragoza, que tuvo como escenario la ciudad de Puebla, por cada triunfo de los liberales correspondían varias derrotas.

Obligado el Presidente Juárez a abandonar la ciudad de México, en pe-

0577
398



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

H-26 FONDO UNIVERSITARIO

52954

nosa peregrinación llegó a San Luis Potosí, en donde estableció los Poderes del Gobierno.

Desde este lugar continuó la guerra con su inquebrantable decisión de triunfar. Necesitaba disponer de cuantos recursos le fuese posible, y considerando comprometida su situación militar decidió avanzar hacia el norte.

Sobre sus mermados contingentes marchaban tropas francesas y mexicanas bien pertrechadas, ansiosas de aniquilar la fuente misma de la oposición imperialista.

Preparando el ánimo del caudillo fronterizo don Santiago Vidaurri, le había escrito Juárez. Hacía tiempo que la actitud de Vidaurri no encuadraba con la situación delicada de la República. A todo requerimiento de ayuda contestaba con evasivas. No se podía contemporizar ya con situación tan ambigua.

En la guerra de la Reforma, Vidaurri había desempeñado importantísimo papel en defensa de las instituciones liberales, emanadas de la Constitución de 1857. Sus soldados, comandados por los generales Juan Zuazua, Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Silvestre Aramberri, Lázaro Garza Ayala, Juan Doria, Julián Quiroga, Pedro Martínez... habían recorrido a lomo de caballo el interior y el sur del país conquistando triunfos decisivos.

La personalidad de don Santiago Vidaurri adquirió relieves de caudillo nacional, al grado de ser proclamado como uno de los más egregios políticos. Así lo exaltaban en la prensa y en la tribuna del Congreso de la Unión, los más conspicuos liberales, como don Ignacio Ramírez, don Francisco Zarco, don Manuel Altamirano, don Guillermo Prieto...

Tenía Juárez enfrente un problema serio, que no podía soslayar. Necesitaba saber a ciencia cierta si contaba en la gran empresa de salvar al país con Vidaurri. Sus dudas se acrecentaban a medida que transcurría el tiempo. Había recibido instancias de Vidaurri, fundadas en consideraciones que a su entender eran de gran importancia, para que retardara su visita a Monterrey.

La actitud de Vidaurri se encauzaba hacia una neutralidad imposible. Como gobernador de Nuevo León y Coahuila, había luchado denodadamente por mantener la paz y procurar el bienestar de la comunidad, y aducía, como razón fundamental, que en las pasadas contiendas había sacrificado a la población proporcionando millares de combatientes, y gran cantidad de armas y parque.

Pero no se trataba de discutir si la población y él mismo merecían la tranquilidad y la paz. El enemigo venía en plan arrollador, no quedando más que esta alternativa: guerra o sumisión.

La posición de Vidaurri, al pretender quedar al margen de la contienda, era absurda, carente en absoluto de lógica. Puede explicarse como un recurso dilatorio; pero llegaría fatalmente el momento de tomar una decisión categórica.

Para Juárez no tenía sentido aquella actitud. Seguramente que Vidaurri veía perdida la causa republicana, mas, como había contribuido para su estabilidad con un excepcional espíritu de fidelidad a los principios liberales, no le era fácil desertar. Sin embargo todo hacía presumir que no tenía el propósito de emprender una nueva aventura.

Si pues las presunciones, basadas en la irregular conducta de Vidaurri hacia Juárez, lo situaban más inclinado al Imperio que a la República, lo indicado hubiera sido proceder en su contra desde luego.

Tal actitud no se escapaba a la penetración de Juárez, y a sabiendas de que tendría que llegar el momento de combatir a su viejo amigo, quiso agotar los recursos conciliatorios.

Salió Juárez de San Luis Potosí el 22 de diciembre de 1863 rumbo a Monterrey, a pesar de la opinión contraria de Vidaurri. La fuerza armada estaba al mando del Gral. Manuel Doblado y constaba de 1,500 hombres. Formaban en la comitiva los Ministros Miguel Negrete, de Guerra; Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, de Relaciones y Gobernación; y Lic. José María Iglesias, de Hacienda; desmedrado Ministerio, que en nada afectaba a la entereza de Juárez, como Presidente.

No se trataba de hacer una demostración de fuerza militar. Más se acercaba aquella expedición, que debía pasar por pueblos pobres y abandonados, y por largas etapas desérticas, a una huída que a una marcha triunfal.

A la retaguardia el enemigo acechaba los movimientos de Juárez con la intención de batirlo y aniquilarlo. Al frente el desierto, y lo que pudiera ser un oasis cuatrocientas leguas hacia el norte, era dominado por un gran cacique de quien no podía confiarse.

La caravana, a pesar de todo seguía adelante obedeciendo a la inquebrantable decisión del carácter monolítico de Juárez.

El día 9 de enero de 1864 hizo su entrada a Saltillo, y ese mismo día el Presidente Municipal comunica la noticia a Vidaurri, diciéndole que se tributaron a Juárez los "homenajes y consideración que merece por el alto puesto que desempeña".

A partir de este momento los acontecimientos se precipitan. El celo, por una parte, de mantener en vigor el principio de autoridad, y por la otra, la sobreestimación de merecimientos personales, forman una barrera difícil de salvar.

Para cuando Juárez llegó a Saltillo, Vidaurri, con fecha 2 de enero, había expedido una proclama llamando al pueblo a las armas, alegando la inseguridad en la paz, las depravaciones cometidas por "bandoleros que bajo el nombre de guerrilleros intervencionistas, ejercen el robo y toda clase de excesos, con deshonra de su patria".

Pero resulta que esta actitud obedeció, más que a precaverse de los bandoleros, a prepararse contra Juárez.

Una de las primeras providencias de Juárez fue la de comunicar a Vidaurri que en vista de la situación prevaeciente, la administración de las aduanas de Nuevo León y Coahuila quedarían bajo la responsabilidad directa de la Secretaría de Hacienda. Esta medida causó enorme disgusto a Vidaurri, por los perjuicios económicos que le causaba, y se dispuso a sabotearla.

Hubo cambio de numerosas comunicaciones, sin que cediera en nada Juárez. Las dificultades por supuesto aumentaban, pues Vidaurri, con insistencia semejante, se oponía al cumplimiento de las órdenes de Hacienda.

En estos y otros pormenores de no menor importancia se pasó el mes de enero. Como nada se avanzaba con el cambio de notas escritas, Juárez dispuso salir rumbo a Monterrey, llegando a Santa Catarina el día 10 de febrero.

Para el efecto de calmar los ánimos el Gral. Doblado pasó a Monterrey, hablando con Vidaurri, asegurándole que venían en plan amistoso con el deseo de arreglar todas las dificultades.

Vidaurri se movía en un mar de prejuicios. No sabía qué camino seguir. Hablaba de la defensa de la Patria, y cuando se le ofrecía un lugar de honor en la contienda lo rechazaba alegando nimiedades. Con tal espíritu, lo que debía ser sencillo y cordial, lo transformaba en complicado y enojoso.

Al día siguiente avanzó Juárez hacia Monterrey, reforzada la fuerza armada con 2,000 hombres más al mando del Gral. Antillón. A la altura de San Jerónimo lo entrevistó el Gral. Doblado, informándole sobre la nueva plática con Vidaurri, quien insistía en que se aplazara la entrada del ejército hasta después de los arreglos que tuviesen.

No fue del agrado de Juárez aquella demanda; pero suponiendo que se romperían las hostilidades de seguir adelante dispuso que pernoctaran las tropas en San Jerónimo, y él y sus Ministros pasaron la noche en la casa conocida con el nombre de El Mirador, situada al poniente de la calle Hidalgo, que venía a ser la prolongación de la carretera de San Jerónimo.

Para el caso, y por las dudas, Vidaurri concentró en la Ciudadela 22 piezas de artillería, parque y víveres en abundancia.

Al día siguiente, 12 de febrero, la expectación en la ciudad era enorme. Habían trascendido las dificultades entre el Presidente y el Gobernador. La

entrada de Juárez adquiriría relieves especiales. El cielo estaba nublado contribuyendo psicológicamente a acentuar la intranquilidad.

A eso de medio día se inició el desfile de las tropas, que resultó deslucido por la lluvia aparte de la frialdad de la gente, que no acertaba cómo conducirse.

El recuerdo de un testigo presencial de los hechos agrega a este relato una nota de vivo colorido. Transcribo, de un artículo publicado en *Renacimiento* del 25 de marzo de 1906 suscrito con las iniciales F. E. R. la parte tiernamente humana de quien, siendo niño, vio lo que para siempre se grabó en su corazón: "En esos momentos una gritería atronadora dejóse oír hacia el lado de la calle de Bolívar, y en el recodo que ésta hace antes de desembocar en la plaza dicha, se destacó una carretela tirada por dos mulas de grande alzada, a la que seguían como una media docena de coches. Nos unimos a la multitud y corrimos tras el primer vehículo en todo el trayecto, de la calle del Roble a la de Galeana, hasta la casa del señor don Manuel Z. Gómez, donde hizo alto la comitiva. Como llegamos simultáneamente con el coche pudimos observar todo cuanto allí pasó: descendieron de los asientos delanteros dos caballeros en quienes reconocimos después a los señores don Vidal de la Garza Mireles y don José María de la Garza, ambos regidores del Ayuntamiento y que formaban parte de la comisión nombrada por este cuerpo para ir hasta la casa del señor don Juan López Peña, conocida comúnmente con el nombre del 'Mirador' y donde había pernoctado el señor Juárez y su comitiva, para acompañarle en su entrada a la ciudad.

"Observamos que estos caballeros al pisar la banqueta de la casa se descubrieron respetuosamente, y eso nos hizo adivinar que tras ellos descendería la majestad del señor Juárez, que encarnaba en esos momentos la causa de la República. Así fue, lentamente bajó del coche un hombre de mediana estatura, robusto, de color bronceo, de ojos vivos y penetrantes, y que con una mirada abarcó inmediatamente cuanto le rodeaba. No es posible explicar la emoción que todos los corazones experimentamos a la presencia de aquel hombre, tan modesto en su porte y ademanes, como grande en sus patrióticos hechos: no creíamos tener a la vista al hombre que desde las flaquezas de Comonfort había levantado y sostenido con sin igual entereza el estandarte de la República".

Ya en la casa del Lic. don Manuel Z. Gómez, Juárez se puso en comunicación con Vidaurri para dar término a la ya muy larga controversia. No habían taxativas, explicaciones ni promesas, puesto que las tropas imperialistas venían rumbo a Monterrey después de pasar por San Luis Potosí. Alargar la inestable situación era tanto como perder un precioso tiempo que aprovecharía el enemigo.

Fue así como en recados que van y vienen, de la Ciudadela a la casa ocupada por Juárez, se pasaron los días 12 y 13 y la entrevista no se realizaba. Por fin el día 14 Vidaurri acudió a la cita después de cumplimentarse sus deseos de que saliera la tropa armada de la ciudad, que había llegado con Juárez. Esa esperada entrevista, que significaba la posibilidad de un arreglo, resultó un fracaso, al grado de que, apenas transcurridos diez minutos, se levantaron ambos personajes de sus asientos y se despidieron en forma por demás fría. Juárez expresó a Vidaurri que se retiraba a Saltillo esperando que las cosas fueran cediendo en su gravedad para ver de encauzarlas de manera conveniente para los intereses de la Patria.

En realidad Vidaurri buscaba motivos para prolongar la situación y posiblemente él mismo no sabía por qué ni para qué, pero era indiscutible que no había tomado una decisión firme en su actitud. ¿Seguiría a Juárez en su aventura de salvar al país de la invasión francesa? ¿Echaría en olvido sus luchas de años y años en las filas liberales en donde tantos lauros había conquistado, y significaron la admiración y cariño de los habitantes del norte? ¿Qué conflictos interiores atormentaban el alma de Vidaurri?

Por lo pronto, Vidaurri esperaba acrecentar sus fuerzas con las que traían los generales Pedro Hinojosa y Julián Quiroga, próximos a llegar a la ciudad. Y con ello probablemente alimentaba la idea de convencer a Juárez para seguir usufructuando el Estado de Nuevo León y Coahuila como cosa propia, aun cuando, en honor de la verdad, confundía Vidaurri sus propios intereses con los del pueblo, ya que todo lo que obtenía era derramado en el bienestar de la comunidad.

Por su parte Juárez, con un sentido práctico, que le daba su larga experiencia en el campo de las operaciones militares y sabedor de que llegarían de un momento a otro fuerzas del Gobernador, tomó la decisión de alejarse de Monterrey, con la esperanza de regresar pronto en condiciones de obtener la victoria por las buenas o por la fuerza.

El coche presidencial se alejó por la calle de Bolívar para seguir minutos después por la calle Real, hoy Hidalgo. De ahí en adelante continuó por San Jerónimo, chapoteando en los inmensos lodazales que se habían formado con la lluvia. Más allá San Pedro, Santa Catarina, la Cuesta de los Muertos, Ramos Arizpe y Saltillo.

Todavía no salvaba Juárez los linderos de la ciudad cuando hicieron su entrada las tropas vidaurristas, comandadas por los generales Pedro Hinojosa y Julián Quiroga. Este inquieto guerrillero, famoso por sus cargas de caballería, quería atacar a la columna de Juárez; pero Vidaurri detuvo sus ímpetus.

¿Puede llamarse a esto visita presidencial? En cierto sentido sí, porque Juárez, en su carácter de Presidente de la República, pisó tierra regiomontana.

Cierto que no se le recibió con los honores protocolarios, ni con los festejos acostumbrados en tales casos; pero ello obedecía a las circunstancias extraordinarias que privaban.

¿Y el pueblo en general? Su actitud pasiva se explica desde el punto de vista de los sentimientos. La obra de Vidaurri hasta entonces había sido de tal magnitud, que no obstante los sacrificios de los habitantes del Estado, para hacer frente a las exigencias de las continuas guerras, se le respetaba y se le quería como a un gran caudillo.

De pronto se presenta el distanciamiento, y surgió la pregunta: ¿con quién? Los sentimientos obraron de inmediato para después imponerse el cerebro.

El vidaurrismo rápidamente se eclipsó. Los más adictos militares que habían actuado al mando de don Santiago pusieron sus espadas al servicio de la República que abanderaba don Benito Juárez.

Con cuánta elocuencia dice al respecto el Lic. Nemesio García Naranjo (El Porvenir, Feb. 5-1954): "En síntesis, para Lampazos que era vidaurrista, aquella crisis fue motivo de duelo, un duelo que no obscureció la ruta del deber, pues todos aquellos hombres supieron ser leales a la causa republicana, con el mérito supremo de que su lealtad significaba un inmenso sacrificio. El pueblo se cubrió de crespones, pero no por ello dejó de ser patriota. Ningún otro lampacense se adhirió al Imperio, pero todos ellos vieron el derrumbamiento de su caudillo con sabor amargo en la boca y lágrimas en los ojos. En aquel momento terrible, debo rendirle un homenaje muy especial a mi abuelo materno, don Felipe Naranjo, el segundo padre de su hermano menor el general Naranjo a quien aconsejó acertadamente para que tomara la debida orientación".

Quedan pues los campos definidos: Juárez, a nombre de la defensa de la Patria, en Saltillo; Vidaurri, en su falsa posición de mantener la paz en Nuevo León y Coahuila, en Monterrey.

Veamos, en rápida incursión histórica, lo que después sucedió.

Instalado Juárez en Saltillo de nueva cuenta, después de cambiar impresiones con sus ministros, tomó la decisión de romper con Vidaurri.

Al mismo tiempo en Monterrey aumentaba la intranquilidad, y en tanto Vidaurri precipitadamente hacía acopio de elementos de guerra, el pueblo reaccionaba a favor de Juárez.

El problema para Vidaurri radicaba en mantener fuera de la contienda internacional a Nuevo León y Coahuila, lo que resultaba imposible. Ni lo acep-